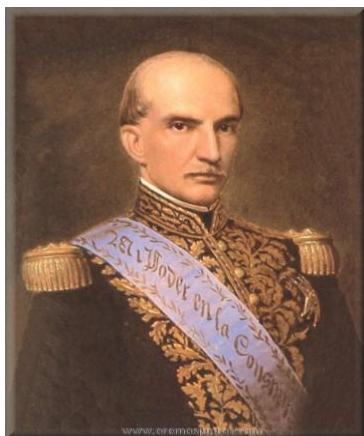


Introducción de la edición ecuatoriana de “Vida de don Gabriel García Moreno” de Manuel Gálvez

Por Andrés Mac Lean

La sola idea de pensar en escribir acerca del máximo escritor argentino y, tal vez de Hispanoamérica, don Manuel Gálvez, es a la vez un placer y un compromiso.



También una tarea gratificante y esperanzadora porque quizás de la sola lectura de este tipo de biografías se asiente aún más en todos los pueblos hispanoamericanos ese vínculo que nos hermana y nos prepara para una batalla más en la digna existencia sobre este mundo. Uniéndonos, de esta manera sanmartiniana, no quedan dudas de que nos espera un futuro mejor. Porque el hecho de que los argentinos conozcan las acciones de un Gabriel García Moreno o que los ecuatorianos conozcan el mérito de Juan Manuel de Rosas en nuestra Patria, no hace más que indicarnos que hay intenciones de ir por un camino donde, también utilizando las herramientas de esta

Aldea Global, nos encontraremos en semejanzas tan fuertes como orígenes compartidos.

La defensa de la soberanía, la independencia económica y la justicia social son todos los factores que se transmiten a través del nacionalismo cultural. Posición que lejos de encontrarse con nacionalismos de fronteras cerradas, es más bien un destino en común de los pueblos hispanoamericanos en lo universal. Es decir: en la universalidad de la cristiandad. Y la misión de Manuel Gálvez fue precisamente la de transmitir estas ideas.

A pedido de dos hombres importantes del Ecuador, de ideas encontradas, fue que el hispanista argentino comenzó su labor que concluyó, según nos cuenta en sus *Recuerdos de la vida literaria*, en menos de un año y que no vio la luz hasta mediados de 1942.

Como afirmó Kierkegaard, “los grandes hombres sobrevivirán en la memoria; pero cada uno de ellos fue grande según la importancia de aquello que *combatió*”.

Y Manuel Gálvez fue grande porque combatió con la pluma todos los días de su vida la falta de espiritualidad, la mediocridad del ambiente, el ocultamiento y aun la falsificación de la historia. No dudó en defender la religión de nuestra tierra cada vez que pudo y encaró, influido seguramente por Manuel Ugarte, la difícil tarea de reivindicar a las grandes figuras de Hispanoamérica como la manera más eficaz de despertar a los pueblos.

Gabriel García Moreno es, seguramente, el arquetipo por excelencia del conductor que combatió como ninguno al liberalismo y sus infiltrados. Y esto queda demostrado por la firmeza con la que gobernó en tiempos donde la masonería iba desmembrando la patria grande en pequeñas republiquetas.

¡Viva la Santa Federación!

Octubre de 2012, año 202 de la Libertad, año 196 de la Independencia
y 183 de la Confederación Argentina.

García Moreno aceptó su destino e hizo de su vida una prueba de fe, tanto para él como para todo el que estudia su vida.

Un rasgo curioso y que comparten García Moreno y Manuel Gálvez, es el de la férrea defensa a los jesuitas. García Moreno en el año 1851 los defendió en un trabajo de cien páginas; por su lado, Gálvez, en el año 1945, publicó *España y algunos españoles*, donde incluyó un artículo elogiando a la compañía de Jesús.

De la misma manera que muchos *inteligentuales* han preferido estigmatizar al autor asegurando que sus ideas habían quedado ancladas en el tiempo o bien eran retrógradas; así lo han hecho injustamente con la figura de Rosas y la del propio García Moreno. El problema no es tan complicado: reside en que no han podido comprender que revalorar las tradiciones es, en realidad, proponer una modernidad alternativa. Que rechaza el colonialismo tanto de izquierda como de derecha.

Agradezco, entonces, la invitación de Francisco Núñez Proaño a participar de este nuevo gesto de solidaridad entre pueblos hermanos, que proponen una modernidad alternativa.

Andrés Mac Lean
Buenos Aires, 29 de enero de 2012